

## Mercados populares

Margarito Cuéllar

Los mercados son la fiesta temporal o permanente en la que amenizan el bullicio y el colorido. Hay de mercados a mercados. Desde mercados rodantes que abarcan varias cuadras hasta mercados establecidos. Entre los primeros están los que se ubican un día a la semana en colonias populares y entre los segundos están el Mercado Juárez, el Mercado Colón, el Mercado Moctezuma, el Mesón Estrella y el Fundadores. Atrás de estos espacios de compra-venta de la mercancía más inusual hay todo un historial en el que bien vale la pena detenerse.

## Mercados sobre ruedas

Por lo menos un día a la semana no hay colonia bien nutrida de habitantes en la que no se dé cita un mercado sobre ruedas. Populosos son los mercados de Cañada Blanca en ciudad Guadalupe y el de San Gilberto y Mártires de Cananea en Santa Catarina, por irnos a los extremos geográficos. Populosos son también este tipo de comercios en el área del Topo Chico, San Bernabé y Granja Sanitaria.

Hay de todo en estos mercados. Apenas amanece Dios los oferentes empiezan a llegar en camionetas destartaladas, instalan carpas sostenidas por cuatro tubos y a vender se ha dicho.

La economía informal en pleno auge. Adheridos a centrales como la CTM o la CROC, los mercados rodantes son un espacio no calificado en el que lo mismo se puede conseguir el último éxito de La Tropa Colombiana a los Tigres del Norte hasta un algodón de azúcar. Desde chicharrones con grasa en abundancia hasta aparatos de medio uso para hacer ejercicio.

La lista puede ser interminable pero vale la pena arriesgarse por el breñal de la memoria. Entre los que ya tienen su espacio fijo y su mercancía definida encontramos: verdura, abarrotes, fruta, ropa nueva (regularmente gabacha), ropa usada, juguetes (fayuca, casi siempre), mini viveros y tierra para macetas, comida, artículos de loza y peltre, lotería, joyería de fantasía, legumbres, etc. En esta variante las reglas son bien definidas: no se vale poner más de un puesto con la misma mercancía porque eso ya es competencia desleal y los responsables del mercado no lo permitirían.

Luego están los que eventualmente ofrecen alguna mercancía, que no tienen un puesto fijo pero que tienen que pagar su cuota, al igual que los demás, para poder moverse libremente en el espacio destinado por el municipio para el mercado en cuestión. Es el caso de mercancía cuya venta se promueve en triciclos, en una manta sobre el suelo, carritos de rosales o simple y llanamente encima de un par de tablas desvencijadas. La lista puede variar pero lo mismo se ofrece en la Valle Verde que en Tierra y Libertad, en la Moderna que en Sierra Ventana: elotes, manzanas endulzadas, hierbas medicinales, tunas, paletas, llaveros, chivos, revistas y demás.

No falta el vecino o la vecina que se le antoje ganarse unos pesos, usted sabe que la crisis no está para menos y el error de diciembre lo seguimos pagando quienes tenemos como única vela en el entierro agachar la cabeza. Decía, nunca falta alguien así: Señora de Tal que saca sus trapitos al sol a ver que sale; ropa usada que la enaniza ya no se pone, que el marido ha dejado de usar o que a ella misma ya le parece obsoleta. Tenga por seguro que al rato le cae el encargado de vigilar estas eventuali-

dades, le cobra su cuota y le dice que se afilie al gremio. Le dirá que el problema no es con él sino con los locatarios que pagan puntualmente sus cuotas y trabajan bien y bonito para sobrevivir, como que no es justo... Vecina Que Nunca Falta dirá que es la banqueta de su casa y que ahí ella puede hacer lo que le venga en gana, que además ella también tiene derecho a ganarse unos billetitos y que si se ponen al brinco les va a encandilar a la Mesa Directiva porque dejan un basural y no es justo... De ahí no pasa, las cosas como quiera se arreglan; ya sea que la comerciante en ciernes ceda terreno o que el vigía se retire triste y acongojado a darle la queja al rey.

La comida puede que no sea igual en todas partes pero qué tal un menudito para la cruda, con su chile verde debidamente partido, su cebolla y su coca cola helada. Qué tal unos tacos de barbacoa. Seguro que su vecina, al ver a toda la familia en franca comilona, le echará tamaños ojos como diciendo «vieja fodonga, mira que venir a comer al mercado, y con ese greñero». A usted que le valga, ella también se pela por hacer lo mismo, sino vea como al rato manda a la más grandecita de la familia con una cubeta para que se la llenen de menudo.

Los reglamentos municipales consideran mercado público «el lugar que siendo propiedad municipal o particular, permite la concurrencia de una diversidad de comerciantes y consumidores de libre competencia y cuya actividad se circunscribe a la comercialización al menudeo de artículos diversos».

Artículos reglamentados hay que no siempre se respetan. Por ejemplo se prohíbe obstruir el libre tránsito, invadir las banquetas, vender material pornográfico y artículos explosivos, consumir bebidas embriagantes, etc.

Los mercados rodantes permiten a las clases más golpeadas por la crisis buscar una rebajita al kilo de frijol, a la verdura o al huevo. Son además un centro de reunión en el que se intercambia información pasajera sobre el estado de salud, el trabajo y la situación económica.

En el poema «Cantata erótica pa' desnudar un mercado popular» el poeta chiapaneco Waldemar Noh Tzec escribe: «Acérquese, marchante. / Vea, venga, adelante, / que su plata es constante / acá y aquí sonante». (...) «Para su dentadura / ávida de morder / aquí la baratura / tiene para ofrecer: / los cachetes lavados / de la jícama, / los muñones asados / del camote, / los dientes sancochados / del elote, / los brazos mutilados / de la yuca».

## El Mercado Juárez

El 21 de diciembre de 1907, el maestro en obras Marín Peña recibió la aprobación del proyecto para la construcción de la obra (\$ 64,741.00). Dos años más tarde, el 2 de abril de 1909 el general Bernardo Reyes, Gobernador de Nuevo León y el Alcalde Primero de Monterrey Pedro C. Martínez encabezaron la ceremonia de inauguración del inmueble.

Los alrededores de Washington y Aramberri lucían despo- blados en ese entonces y las calles aledañas estaban en condi- ciones poco transitables. Debido a esto quizá la afluencia del público no fue como esperaban los entusiastas comerciantes. Para colmo de males en ese mismo año sobrevino la terrible inundación que asoló la ciudad dejando tras de sí una estela de desolación y muerte. Las autoridades autorizaron el sacrificio de reces y demás animales afuera del Mercado Juárez, por lo que proliferaba el mal olor y las escenas poco gratas a la mira- da de los regiomontanos de la época, por lo que temporalmen- te este mercado fue cerrado.

Pero no hay mal que dure cien años ni mercado que los aguante. Para 1910, año de las fiestas del centenario, en el interior del Mercado Juárez se realizó una exposición de artícu- los regionales. A partir de entonces se abrió de manera defini- tiva el Mercado Juárez.

La lluvia y los fuertes vientos que suelen azotar Monterrey traían en jaque a los comerciantes que ofrecían sus mercancías

en el mercado, por lo que en los años veinte se integró una Junta de Mejoras Materiales para subsanar las deficiencias del inmueble. Es en 1927 cuando se renuevan las paredes que, de ser de varilla y tela de alambre, pasan a ser de concreto, con- tienen jardines, iluminación y locales exteriores.

Solamente en ese año la Junta de Mejoras Materiales del Mercado Juárez invirtió \$ 70,000.00, más que el costo de la construcción inicial. Para 1946 contaba con 120 locales donde era posible encontrar desde un sombrero de palma hasta una olla de peltre, artículos de alfarería, loza y jarcia, huaraches y cintos.

Hasta antes de su demolición y convertirse en majestuoso, pero solitario, gigante tipo condominio, había merenderos en el interior con comida mexicana, un poco sobrada en grasa, pesca- do y barbacoa. No podían faltar la verdura, la fruta, las artesa- nías, los guajes y los juguetes de antes: de madera y lámina; car- nes frías, menjurjes y todo tipo de amuletos para la buena suerte.

Por la calle Aramberri, unas calles al oriente de donde en 1933 se perpetuara el horrendo crimen de dos mujeres, consig- nado por Hugo Valdés Manríquez en su novela *Los crímenes de la calle de Aramberri*, hay dos vigilantes que desde la pre- sencia en el tiempo vigilan el exterior del mercado Juárez: las cantinas Lontananza y El vencedor. Y si a testigos de honor vamos en contra esquina (Ruperto Martínez y Juárez) encon- traremos todavía el famoso café Galván.

## Mercado del Puente San Luisito o Puente del Papa

Ahora ya es un puente moderno que conecta el centro de Monterrey con la colonia Independencia. Antes, digamos allá por 1987, esta comunicación peatonal se daba mediante vere- das marcadas en la arena, el lodo y las piedras del río Santa Catarina, cruzando en puentecillos de tablas, piedras y troncos de árbol los sitios en que el agua se estancaba o donde había corriente del río; este tránsito rudimentario era interrumpido

cada vez que los aguaceros inundaban Monterrey. «Tan primitivos métodos –dice Flora Barrón– originaron a las gentes muchos indeseados baños al caer de tan improvisados puentes y parapetos, dándose varios casos de ahogados, especialmente niños, y no pocos de lesiones».<sup>1</sup>

Autoridades y vecinos construyeron un puente de unos 5 metros de ancho. Dicho puente es el primer antecedente del mercado que años más tarde se instalaría en otro puente más resistente pero instalado en el mismo lugar, pues de inmediato fue ocupado, sobre todo los domingos, para la compra venta de ropa usada, artículos de ferretería y demás objetos de uso.

Vino otra crecida del río y el puente pasó a la historia. Este puente, que cedió su lugar a un puente colgante, resultó tan peligroso, relata Flora Barrón, que pronto desapareció. Mientras existió este puente los comerciantes no podían ofrecer sus mercancías en él porque el tránsito y el movimiento propiciaban difíciles maniobras de equilibrio, pero sí lo hicieron al amparo de su sombra.

En 1888 un puente de madera sustituyó al de cables de cáñamo. Por ahí transitaban los tranvías de mulitas hasta más o menos 1903, año en que se incendió. Los comerciantes siguieron firmes en el nuevo puente y se extendieron a los lados del mismo. En este mismo año el gobernador Bernardo Reyes y el alcalde Pedro C. Martínez lanzaron convocatoria para la construcción de un puente definitivo. Tuvo un costo de \$ 60.000 y tenía una extensión de 60 metros de largo por 18 de ancho.

Este puente estaba apoyado por cuatro columnas centrales que sostenían tres arcos enormes y contenía casillas comerciales. En diciembre de 1904 el general Bernardo Reyes inauguraba dicha obra. Así describe Flora Barrón el acontecimiento: «... desde ese momento (el puente) quedó consagrado como el

1 Flora Barrón, «El puente de San Luisito». *Los festejos de la fundación de Monterrey en 1896 y 1946*. Edición facsimilar. Gobierno de Nuevo León, 1995.

más pintoresco, el más tradicional y más concurrido mercado, favorito de los obreros, de la clase media y aun de las gentes adineradas».<sup>2</sup>

En 1908 un incendio que duró dos días destruyó la construcción lateral de madera y la mercancía de su interior. La generosidad de los regiomontanos no se hizo esperar para bonificar en algo las pérdidas de los comerciantes, en su mayoría gente muy humilde. De inmediato el alcalde Fortunato Villareal se dio a la tarea de reconstrucción del puente pero al año siguiente, 1909, la terrible inundación lo cubrió en su totalidad de agua y lodo, y aunque quedó de pie, sus daños fueron considerables.

En el lecho del río, a ambos lados del puente y en los costados de lo que hoy son las avenidas Morones Prieto y Constitución, fueron surgiendo con el paso del tiempo barrancas en las que se ofrecía desde frutas y fierro viejos, cemento, servicio de peluquería, madera y materiales para construcción. En 1927 esta área fue despejada por las autoridades municipales. Hacia 1946 el puente San Luisito albergaba 40 locales. Ahí se ofrecía: ropa que hoy llaman de seguridad, carnes, calzado, sombreros, alfarería, artículos misceláneos y novedades.

En 1988, durante el desbordamiento del río Santa Catarina a consecuencia del Huracán Gilberto, el puente resistió las embestidas de la furiosa corriente.

Las autoridades han dispuesto que los comerciantes se instalen en el lecho del río, conformando una especie de mercado popular en el que comerciantes de diversas partes de Monterrey, pero sobre todo de las colonias Independencia, Nuevo Pueblo, Ancira y Pío Décimo, se dan cita diariamente a ofrecer sus mejores ofertas. Éstas varían desde computadoras nuevas y usadas hasta ropa, juguetes, monedas antiguas, comida, refacciones y todo tipo de accesorios para autos, bicicletas, el hogar, herramientas de trabajo, etc.

2 *Ibid.*

La mercancía que ofrecen más de 1500 comerciantes adheridos a la CTM en el Mercado Moctezuma, más conocido como «Mol de los Pobres», se ofrece en pequeños locales cubiertos con lonas. Si le hace falta un motor de lancha, una manija para su auto antiguo, una foto de Pedro Infante, o Miroslava, patines de tres y cuatro ruedas, cartuchos para nintendo o hasta un celular seguro que lo encuentra en este singular mercado. «Espejos, peines, carteras de piel, sombreros, gorras, ceniceros de latón, vasos de vidrio, máquinas de escribir, podadoras, bicicletas»<sup>3</sup> y todo tipo de chucherías se dan cita cada fin de semana en el lecho del río Santa Catarina.

Decía Jorge Villegas que los mercados populares se deben al lugar, al medio que los sustenta y a la gente que los frecuenta; a los oferentes de nada les sirven los grandes edificios, así estén contruidos con el mejor material y la más buena fe del mundo.

Cantores no le han faltado al barrio que sustentó por muchos años la existencia de este mercado: «Ahora que ando de parranda / yo les voy a echar un grito / soy de Monterrey nacido/ del barrio de San Luisito». «Desde San Luisito vengo / vengo a ver a mi güerita. / Éntrenle si tienen ganas / barrio de Matehualita».

Después de la vista del Papa la fisonomía del puente cambió; se quedaron ahí la virgen y el monumento a la populosa concentración en torno a la figura de Juan Pablo II. Ahora ya no es lo mismo. Prácticamente está despejado de puestos pero los vendedores de artículos (un reloj, un anillo, objetos de procedencia dudosa) todavía abundan los fines de semana.

## El Mesón Estrella

Los inicios de lo que es hoy un amplio espacio para la venta de frutas y verduras fue un pequeño puesto instalado en 1915

3 *El Norte*. Marzo 27 de 1996.

por don Cesáreo Campos frente a la placita de Degollado, ya con el nombre de Mesón Estrella.

Hacia 1946 este mercado surtía a comerciantes de Reynosa, Matamoros, Nuevo Laredo, Saltillo, Parras, San Pedro de las Colonias, Torreón, Monclova, Sabinas, Rosita y Piedras Negras, así como Gómez Palacio, Lerdo y Durango.

El primer recinto formal de lo que hoy es el Mesón Estrella fue un inmueble conocido como «La Azucarera», una especie de jacalón reconstruido en 1944 y utilizado en renta. Vendida la propiedad, los comerciantes se instalaron en la media manzana que ocupara la estación de camiones Círculo Azul, por Ruperto Martínez, entre Colegio Civil y Juan Méndez. Las labores se iniciaron el 15 de agosto de 1944 y la inauguración formal se llevó a cabo el 29 de diciembre de 1945.

El local se ha venido acondicionando con el transcurrir de los años. Los locatarios ofrecen todavía un colorido muy peculiar a los marchantes que durante todo el día recorren el interior del Mesón Estrella. Es un regalo para la vista el rojo de las columnas de tomates, el blanco de la cebolla, el olor de la verdura fresca, los elotes tiernos y maduros; frijol, carnes, plátanos todavía en su racimo, jugosas frutas de temporada, chile y hortalizas. No faltan los nopalitos y la flor de palma, el cilantro y la yerbabuena en una combinación de olores y colores difícil de describir.

## Mercado del Norte

Ocupaba una manzana entre las calles de Juan Méndez, Jiménez, Diez Gutiérrez y Colón. Construido en 1928 en virtud de la concesión otorgada por el ayuntamiento de Monterrey a Lorenzo H. Zambrano, fue inaugurado el 5 de junio de 1930. Contaba hacia 1946 con 104 locales interiores y 34 exteriores.

Durante muchos años las amas de casa del norte de la ciudad y la población en general se dieron cita para comprar des-

de frutas y verduras hasta para la realización de operaciones mercantiles. Ya van las señoras con el consumo diario de leche, pan, latería y abarrotes; ya los hombres con su vinito nacional para la semana y el importado para la ocasión especial. Ya van los ciudadanos a pasar un buen rato a la cantina salón de don Enrique Salinas Jr., a la peluquería o al Club Deportivo de Cazadores de Monterrey. Ya vuelven las mujeres del molino de nixtamal o regresan a comprar granos secos, a surtirse de hierbas medicinales, a la mercería o a la búsqueda de artículos de cristal.

El Mercado del Norte benefició en gran medida a los habitantes de las colonias Francisco Sarabia (antes barrio de Matehuala), Larralde, Obrerista y Del Prado, así como a quienes vivían en torno a la estación de ferrocarriles y central camionera.

Ahí estuvo durante años la Botica del Norte, la empresa Soldadura y Equipos S.A., propiedad de Alfonso Ayala González, distribuidor de los famosos productos de La Consolidada. La administración del mercado estaba en la segunda planta.

La variedad de artículos y servicios ofrecidos era tal que se encontraba desde un grabador como el maestro José Ayala Luna hasta un alfarero como don Tomás Espinosa.

## El Mercado Colón

En *Los crímenes de la calle de Aramberri* el escritor Hugo Valdés Manríquez nos da una visión literaria del Mercado Colón: «El Mercado Colón los hipnotiza en virtud de su tamaño. La gente se ve muy pequeña, diminuta, cerca de su altísima arquería —las columnas miden más de diez metros y descansan en sólidos basamentos—, cuyo punto más alto coincide con las ventanas del segundo piso, allí donde se localizan los almacenes. El mercado tiene dos grandes naves construidas con sillar, al centro de las cuales descuella la torre con el reloj que marca la hora a campanadas.» «Muchas mujeres llevan canastas bajo

del brazo y bolsas de ixtle, y caminan presurosas y atentas sobre el pavimento de ladrillo sorteando las aguafresqueras que ofrecen carritos de chía, tamarindo y horchata. Por todo el parían huele a verduras y frutas, y en las esquinas carne fresca, por ser allí donde se ubican los expendios en instalaciones montadas sobre delgados pilares de hierro entre los cuales penden las básculas. En los depósitos de granos y semillas la nariz se llena de ese polvo del campo cuyo olor es tan semejante al de los sombreros de palma».

El Mercado Colón, ubicado en Padre Guillermo Jardón, antes Ocampo, Juárez, Constitución y Garibaldi, huele a pájaros enjaulados y a pescado, a verduras, amuletos para la buena suerte y a comida recién preparada. En su interior gran cantidad de locales que ya casi nadie visita, pero cuyos propietarios se mantienen ahí, como hablando con fantasmas y platicando con el tiempo.

Ahora ya no existe pero en el interior del Mercado Colón no hace muchos años el Nicos Bar deleitaba a propios y extraños con desnudos dominicales. Desde las cinco de la tarde desfilaban, entre gritos de borrachos, sudor y kilos de más las divas del strip tís.

Tanto el Mercado Colón como el puente San Luisito o Puente del Papa son parte de la geografía de Monterrey que es recorrida, en la mayoría de los casos, por gente de ingresos modestos. En cambio áreas como Paseo Morelos están destinadas, al menos en apariencia, a clientes de ingresos mayores. La gente que comía en el Mercado Colón, regularmente sábados y domingos, casi siempre «fuereños» de Zacatecas, San Luis Potosí, Durango o Tamaulipas, aprovechaba para comprar algo de ropa en Barateros de México y hasta para irse al Cine Monterrey o al Rodríguez.

La gente que compra en Morelos termina comiendo en el Kentucky de Padre Mier o en la cafetería de El Nuevo Mundo o en el Miraplaza, aunque los turistas prefieren hacerlo en Sanborn's o en el Ancira.